

FUNDAMENTOS ÉTICOS E IDEOLÓGICOS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA.

- Miguel Limia David: La ideología de la revolución cubana.
- Nancy Chacón Arteaga: La educación político moral en la formación de los profesionales de la educación.
- Armando Chávez Antúnez: El humanismo revolucionario como fundamento de las concepciones éticas de José Martí.
- Pedro Pablo Rodríguez: Cultura e identidad.
- Julio Antonio Mella: Glosas al pensamiento de José Martí.
- Juan Marinello: El pensamiento de Martí y nuestra revolución socialista.

Miguel Limia David: La ideología de la Revolución Cubana.

Tomado de Revista Cubana de Ciencias Sociales. No.28, 1994, págs. 10 a 16.

Para plantear adecuadamente el problema de la ideología de la Revolución Cubana es imprescindible tener en cuenta como punto de partida que toda ideología es una entidad de índole espiritual sistemática, teórica, que toma cuerpo en las relaciones entre los individuos a través de la correspondiente actividad social. Constituye un complejo sistema de puntos de vista e ideas donde se concientizan y valoran las relaciones de las personas hacia la naturaleza y entre sí. Por ello porta modelos relativos a la constitución de la realidad social, del individuo y de la actividad hacia el mundo, así como programas de actividad encaminados a consolidar o modificar el mundo existente.

La ideología encarna los intereses de determinados sujetos sociales concretos, ante todo clasistas; expresa de una manera más o menos consecuente la proyección de estos intereses ante el presente y el futuro de la sociedad tanto cognoscitiva-valorativamente como en el plano activo transformador o constructivo; además de organizar la percepción del pasado histórico, de lo que se deriva su papel central en la articulación de la memoria histórica del agente social de que se trate.

No posee existencia propia separada “como tal” en la conciencia social masiva o conciencia social empíricamente existente, sino que constituye un *determinado nivel estructural* suyo que la permea completamente en todas sus formas y elementos; y, por tanto, posee propiedades integrativas que unifican las distintas formas de conciencia y saber sociales en un sistema más o menos armónico, exponente no solo del modo de concebir la realidad y las relaciones intersubjetivas, sino también –más o menos directamente—de los objetivos y medios concretos de la actividad. Esta naturaleza integrativa suya es lo que nos permite hablar de la ideología como de un fenómeno relativamente independiente y constitutivo de un todo orgánico.

Ella incluso no existe desvinculada de las determinaciones concretas en que se expresan comúnmente los intereses sociales, es decir, fuera de la conciencia política, jurídica, artística, filosófica, ética, religiosa, ecológica, así como de las distintas formas de saber científico – natural, científico – técnico, científico – social, etc. No existe una ideología en abstracto, fuera de sus formas concretas de manifestación, aunque sea posible hablar de los principios que la conforman como un todo.

En consecuencia, la pretensión de elaborar, desarrollar enriquecer una determinada ideología debe remitirse por necesidad a las distintas relaciones en que se expresa el vínculo del sujeto con la realidad objeto de transformación y de las personas entre sí (relaciones de trato o comunicación). Sin embargo, es necesario diferenciar su *núcleo o principios integrativos*.

Cuando en nuestro medio se habla de elaboración de la ideología tomándola en general, como regla se hace pasar realmente a la ideología política en calidad de LA IDEOLOGÍA con mayúscula, pero ello no debe conducir a confundir o simplificar el asunto.

Tampoco procede identificar la ideología totalmente y sin reservas con la manera compendiada y abstracta en que aparece como resultado de la obra de aquellos que la estudian de manera especial, y que siempre han de distinguir sus complejos elementos estructurales, además del núcleo organizador, desde el punto de vista del contenido, la forma de expresión, etc.

La ideología, en resumen, debe ser examinada ante todo como un fenómeno social de masas, y no tanto como un asunto de especialistas, aunque sea su producto inmediato debido al lugar específico de estos en el proceso de la producción espiritual. Esto obliga a plantear el problema de las condiciones actuales en que ha de desenvolverse el trabajo sobre la ideología no solo a la luz de la situación general confrontada por el socialismo en el mundo, sino también a partir de la situación real que presenta la contradicción dialéctica psicología social – ideología dentro del país; es decir, la correlación de la orientación que realmente le imprime a la actividad y conducta sociales la experiencia psíquica masiva producida por la vida cotidiana, en primer lugar productiva, y aquella que prescribe la ideología explícitamente formulada y sancionada institucionalmente.

Nos parece claro que al estudiar la ideología de la Revolución Cubana no se circunscribe al análisis de su pensamiento político, sin menoscabar por ello el relevante papel organizador que este ha desempeñado en el desarrollo de la cultura nacional. Ha de verse por necesidad *toda la percepción del mundo, la concepción del hombre, la representación de la sociedad y los proyectos revolucionarios genuinos que en estos planos se han venido promoviendo desde comienzos del siglo XIX*. Estos últimos han estado enlazados a la formación de un nuevo tipo de comunidad humana a partir de determinados portadores sociales concretos encabezados en la última etapa vivida, por la clase obrera, pero en absoluto comprendida como único o solitario y excluyente portador.

Esto quiere decir que ha de penetrarse a fondo el pensamiento estético - artístico, ético, político, pedagógico, cosmovisivo - filosófico, jurídico, económico, etc. , de la aún naciente comunidad humana cubana, que construye el socialismo en los momentos actuales; así como determinar los puntos nodales característicos del cuadro del mundo social, la percepción y proyección del hombre, la actitud hacia la realidad, etc., que se han configurado a lo largo de su desarrollo histórico.

Esto permitirá establecer con precisión de qué forma se ha delineado la *ideología* de las masas populares cubanas y sus etapas de desarrollo fundamentales, cómo se han articulado sus elementos integrantes, cuáles han sido *sus elementos reales sistémicos* (en el terreno de las ideas filosóficas, políticas, de los principios de la actividad revolucionaria, del proyecto de hombre y de sociedad), y cómo cada vertiente del *pensamiento revolucionario* (pues en Cuba, naturalmente, también ha habido un pensamiento reaccionario comprometido con una variante de desarrollo antinacional y con un proyecto de hombre a todas luces radicalmente diferente al promovido por Martí, Maceo, Villena, Fidel y otros por solo citar exponentes destacados del pensamiento político) ha contribuido a su creación, a la interpretación de las necesidades e intereses sociales y a su traducción en modelos y principios de la actividad y conducta revolucionarias. Esta es la vía para superar la *comprensión abstracta e inespecífica* de la ideología de la Revolución Cubana.

En este sentido, el fenómeno de la ideología se emparenta con lo que designa el término de *autoconciencia nacional*, en su aplicación a los momentos actuales de desarrollo del organismo social, y ello es posible porque los intereses raigales del pueblo cubano trabajador en las presentes circunstancias pasan por los del papel protagónico, pero no de único intérprete, de la clase obrera en el poder.

En la ideología revolucionaria elaborada en los distintos momentos de su desarrollo histórico –y que ha tenido una dominante forma de expresión política–, las masas populares han tomado *autoconciencia*, noción de sus intereses, de los principios que deben regir su actividad transformadora, de sus objetivos sociales. He ahí, lo que designa lo más arriba señalado.

Por eso, afirmar a secar que la ideología revolucionaria cubana es el marxismo leninismo constituye una *tesis incompleta, inexacta e histórica y sociológicamente insostenible en esta forma abstracta de su formulación*. Otra cuestión sería referirnos a su *carácter* marxista leninista en la última etapa de la historia vivida por el país.

El marxismo leninismo se ha incorporado a la ideología revolucionaria cubana en este siglo, pero ha devenido su configuradora sólo después de la revolución triunfante en 1959. Por demás, el marxismo leninismo no es una *protoideología o una realidad espiritual preexistente y con un contenido “vacío” o esquemático*, sino una programa de asimilación cognoscitivo - valorativa y práctico - transformadora

de la realidad, social en particular, y en esa misma medida sólo puede funcionar en una cultura de manera histórico – concreta.

En cada organismo social el marxismo leninismo únicamente puede insertarse empalmado con la herencia espiritual y práctico - transformadora en la que se incluye, y por ello responde preguntas y elabora objetivos, medios y formas de actividad, concretos, rigurosamente determinados por las tradiciones, las condiciones internas y externas y las particularidades de sus portadores.

Sustentar exclusivamente que el marxismo leninismo equivale a la ideología revolucionaria cubana aporta poco a propósito del contenido específico de esta realidad espiritual, de nuestra especificidad humana, de lo que nos distingue como revolucionarios, de cómo en nuestra cultura se articulan el pensamiento y la obra de los próceres y las distintas generaciones de revolucionarios, de cómo se determina y funciona en su realidad el pensamiento transformador de las masas populares vivas y reales.

Además, resulta evidente que el marxismo leninismo se ha hecho un fenómeno dominante en la configuración de la vida espiritual cubana y en la inspiración de la actividad revolucionaria a través de la labor dirigente y pedagógica de Fidel Castro, mediante cuya creación personal pasa la manera particular en que se han concientizado los intereses cardinales del pueblo en las distintas etapas de la revolución triunfante en 1959, y se han trazado los correspondientes objetivos de actividad y principios de su organización. (...)

Los intereses de la liberación nacional y social de las masas revolucionarias cubanas se han expresado en programas de transformación revolucionaria de la realidad y en modos de concebir al hombre y la sociedad en conjunto de *naturaleza*.

Fundamentalmente política y con una elevada carga ética, desde José Martí hasta Fidel Castro. Y a esos programas y modos de actividad y conducta se ha accedido desde posiciones cosmovisivo - filosóficas diferentes, incluidas las religiosas militantes, aun cuando la marxista pueda catalogarse *potencialmente* como la visión más coherente y científica. (...)

Lo anterior parece otorgar fundamento para afirmar que en su realidad la *ideología de la Revolución Cubana es la doctrina acerca de la independencia nacional, el antimperialismo, el latinoamericanismo, la emancipación social y la dignificación del hombre, que encuentra mediante el marxismo leninismo su expresión más alta y acabada, pero que lo trasciende y enriquece por su origen, contenido, forma, portadores sociales y extensión histórica*. (...)

Dra. Nancy Chacón Arteaga: La educación político moral en la formación de los profesionales de la educación.

Tomado de Dimensión ética de la educación cubana.

La realización del Trabajo Político Ideológico en la labor educativa de los maestros y la escuela como institución, requiere de la argumentación de los conceptos claves para la comprensión de la relación existente entre Educación y Trabajo Político Ideológico, como premisa esencial para definir la intencionalidad político moral del proceso pedagógico de formación de los profesionales de la educación.

Referente conceptual

Al referir que la Política es la expresión concentrada de la economía, V.I. Lenin, destaca la cualidad esencial que distingue a esta importante esfera de la actividad humana a saber: la manifestación concreta de los intereses por el poder económico y de dominio político de las clases, de sus relaciones recíprocas y de sus luchas.

Las ideas políticas, el aparato del Estado (en su contenido y funcionamiento), las Instituciones gubernamentales y organizaciones, conforman la superestructura política de una sociedad, determinada por la situación económica de las clases y sustentada por su moral.

La clase que tiene en sus manos el poder político, tiene a su cargo la participación en los asuntos del Estado, las funciones y contenido de su actividad, la administración del país y la dirección de las clases.

El sistema político de la sociedad cubana tiene un carácter socialista, este expresa los intereses de la clase obrera en unidad con el campesinado y la intelectualidad revolucionaria en el poder, con un contenido popular y auténticamente democrático, como resultado de la actividad y moralidad histórica de las masas en las luchas libradas por la independencia y la soberanía nacional, desde el siglo XIX, hasta nuestros días.

Esto hace que una de las funciones principales del sistema político y de la política, propiamente dicho, en la sociedad socialista cubana es el Trabajo Político, por medio del cual se educa a las masas en una cultura política de raíces martiana y marxista y con un contenido ético humanista.

El trabajo político es: La actividad de los grupos, clases, organizaciones e instituciones sociales, encaminada a la profundización de la conciencia política y a la transformación de las actitudes y conductas de los individuos en aras del logro de objetivos políticos o programas de acciones que responden a los intereses de las clases.

El objetivo supremo del trabajo político en Cuba es: Contribuir a legitimar el poder

político y la voluntad jurídica de la clase trabajadora (Estado de obreros y campesinos, y de la intelectualidad revolucionaria), que se erige sobre las relaciones económicas de producción de carácter socialista y que sustenta *los valores políticos y morales de: el sentido de la patria y el patriotismo, la independencia y la soberanía nacional, la justicia social y la unidad nacional.*

El objetivo específico del trabajo político es: garantizar la continuidad del sistema social socialista de la Revolución cubana, sobre la base de su fundamento ideológico.

Como puede apreciarse en estas definiciones, *el contenido del trabajo político es la ideología*, que a su vez es portadora de los valores históricos y socioculturales. Al referirse al contenido de la ideología el líder de la Revolución cubana, Fidel Castro, expresó:

"Ideología es ante todo conciencia; conciencia es actitud de lucha frente a todo lo mal hecho, frente a las debilidades, privilegios, las inmoralidades. La lucha ideológica ocupa hoy para todos los revolucionarios, la primera línea de combate, la primera trinchera revolucionaria"(Ideología, conciencia y trabajo político, editora política, la Habana, 1986, pág.3).

El trabajo político, ejerce su influencia por medio de un sistema de factores sociales (dentro de los cuales se encuentra la Escuela) sobre los individuos a través de las acciones políticas concretas, los métodos y los procedimientos, en función de formar una conciencia política, una ideología política y una actitud política determinada por los intereses de las clases, esto hace que el rasgo esencial que caracteriza al TPI es su intencionalidad. No obstante es necesario señalar que aunque el trabajo político tiene como contenido a la ideología política, la ideología no es privativa o exclusiva de la política.

La ideología es un concepto más amplio que la política, el filósofo cubano, Felipe Sánchez, define la ideología en su obra "Es Ciencia la Filosofía?" (1990), explicando a su vez, sus componentes esenciales por medio de las categorías marxistas de la comprensión materialista de la historia:

Ideología

"Sistema de ideas y concepciones que se expresan a través de las formas de la conciencia social(jurídica, moral, política, estética, religiosa, filosófica y científica inherentes a la superestructura social) y que constituyen reflejos activos y relativamente independientes pero determinados en última instancia por el sistema de las Relaciones de Producción o Base Económica".

Esta concepción dialéctica revela que el núcleo de la superestructura está en las diversas formas activas de manifestación de la conciencia social, estas son la política, la moral, estética, religión, la filosófica, la científica, cuyo contenido

expresa los intereses y concepciones de las clases, predominando la ideología de la clase dominante y que tiene su expresión en el conjunto de organizaciones e instituciones estatales o no estatales que conforman la superestructura política de la sociedad.

Como parte de esta superestructura, la Educación, se distingue en su doble condición como Institución y como proceso formativo. Como Institución la célula de la educación es la escuela, formando el triángulo con la familia y la comunidad (micro contexto del TPI y del trabajo educativo).

Como proceso, la educación es inherente a la esencia popular, participativa y democrática de la Revolución cubana, está en sus raíces como elemento medular para las transformaciones radicales que se han llevado a cabo, las que se realizan en el presente y las futuras. La educación así entendida es un proceso a escala de toda la sociedad.

En su sentido estricto, la educación como proceso es una actividad de naturaleza intelectual y de carácter ideológico, que tiene como contenido el proceso pedagógico de la formación integral de la personalidad de las nuevas generaciones.

La significación de este proceso pedagógico es que en él se integran la instrucción y la educación, la enseñanza y el aprendizaje, con vista a contribuir al crecimiento humano, en la medida en que los individuos se preparan para la vida, a tenor con las exigencias de su época y de su tiempo, para el proceso de integración e inserción social, como sujetos activos, independientes, creativos, patriotas, y humanistas.

De esta forma la educación en la sociedad cumple diversas funciones, de transmisión de la cultura por medio de la formación de valores y patrones de conductas, con lo cual garantiza la sucesión de generaciones. Ideológica en la medida que garantiza la formación consciente en la ideología imperante, su continuidad y enriquecimiento, la formación de determinada concepción del mundo a partir del prisma de los intereses cardinales de las clases o grupos sociales de la época. Socializadora, proceso de formación activa de los individuos para abrirse paso en su medio social y epocal, implica el proceso de reproducción y desarrollo de la fuerzas productivas, la ciencia, la técnica y la tecnología.

Cabe entonces preguntarse, Cuál es la relación que existe entre trabajo político y educación?

Ambos fenómenos están estrechamente vinculados, aunque tienen especificidades que los distinguen, sin embargo, *el elemento común que establece los nexos entre el trabajo político y la educación está en la ideología y en el rasgo de la intencionalidad que los caracteriza.*

Mientras que el trabajo político, actúa en función de la conciencia e ideología

política, la educación trabaja con la ideología en sus diferentes dimensiones: política, moral, estética, jurídica, filosófica y científica.

En ello es imprescindible tener en cuenta que la educación por su naturaleza es un tipo de actividad intelectual e ideológica, responde a la ideología de la clase dominante, forma a los individuos para un determinado sistema social, que cuenta con un modelo de un tipo de ser humano que aspira a formar.

De lo que se trata es de que la educación garantice el sistema socioeconómico vigente y el poder de la clase dominante, que es el problema principal de la política y es uno de los aportes esenciales que hace la educación al sistema político de la sociedad. En determinadas condiciones y contextos de agudas contradicciones sociales de clases antagónicas, la educación también aporta los agentes de los estallidos y el cambio social.

Tal y como afirmara nuestro comandante en jefe Fidel Castro:

"sin Educación no hay Revolución" (inicio del curso 9/1997)

Los intereses políticos, jurídicos, morales e ideológicos en general del sistema político socialista cubano, respecto a las intenciones y finalidades de la Educación se concretan por medio de la Política Educacional, la cual está plasmada en los documentos de los Congresos del Partido Comunista Cubano(desde 1975) y en las normativas del sistema educacional elaborados por el Ministerio de Educación, en particular en la resolución 90 del 98, referida a los lineamientos para fortalecer la formación de valores, la disciplina y la responsabilidad ciudadana desde la escuela.

En el sentido educativo tanto el Trabajo Político, como el proceso pedagógico en una escuela, tienen como objetivos comunes formar en los estudiantes los valores que se erigen como ideales sociales de la ideología de la Revolución socialista cubana en su perspectiva histórica, así como los valores y cualidades del ideal del tipo de personalidad que se aspira a formar en correspondencia con el modelo humano y social, cuyas derivaciones se concretan en los objetivos y modelos de egresados de los tipos de enseñanzas y centros educacionales específicos.

Por ello es necesario establecer sus aspectos comunes en el orden procesal (componentes personales y no personales), sus interrelaciones (cuánto puede haber de trabajo político en el proceso pedagógico, en lo curricular y extracurricular, cuánto puede aportar el proceso pedagógico al TPI?), así como sus particularidades (qué es lo específico en cada uno?), de lo contrario se corre el riesgo de reduccionismos, superposiciones, aspectos forzados, externalismos entre otros.

Dado el contenido eticista que caracteriza las raíces de la ideología de la Revolución cubana, en un proceso de radicalización continúa, que transita desde las luchas por la independencia y soberanía de la patria colonizada, hasta la lucha

actual antimperialista, de independencia, soberanía y defensa de la patria socialista, la educación moral orientada hacia la formación de los valores morales inherentes a la ideología política de la Revolución, es un aspecto a tener en cuenta como expresión de la regularidad existente en el vínculo de política y moral a lo largo de nuestra historia patria.

Es importante aclarar que el proceso de formación de valores humanos universales no puede darse al margen de la esfera moral del desarrollo de la personalidad del individuo, por su carácter de regulador interno por excelencia y distintivo en el plano de lo personal.

Todo lo que el maestro hace en la clase y fuera de esta, por la educación y formación de los niños y jóvenes sobre la base del sistema de valores de la ideología de la revolución socialista, por garantizar la integración de éstos a la sociedad como ciudadanos activos, transformadores, inteligentes, creativos, independientes, patriotas, laboriosos, sensibles ante lo bello, lo bueno y lo humano, capaces de defender y continuar el proyecto social socialista, es a su vez Trabajo Político e Ideológico.

La comprensión de la relación adecuada que existe entre Política, Ideología y Educación, evita las confusiones en la identificación del contenido de estos fenómenos íntimamente vinculados en el trabajo pedagógico, así como su nefasta repercusión en las prácticas erróneas que vician el quehacer educativo de la escuela, y distorsionan el proceso pedagógico, con una manipulación inadecuada del supuesto Trabajo Político, que a veces se comprende como algo parcelado que tiene que ver solo con algunas asignaturas o "especialistas", con los lemas o consignas, referencias o alusiones forzadas en las clases, discursos o charlas huecas carente de significación y motivación para quienes esta dirigido, entre otros.

El trabajo de superación profesional (incluye en lo político), en aras del dominio de la ciencia y la cultura universal, la actividad científico metodológica e investigativa, la operacionalización de términos, la búsqueda de criterios de medidas e indicadores, la utilización de los diagnósticos, entre otros, en función de perfeccionar la educación en los valores de la ideología socialista de la Revolución Cubana, de nuestros niños y jóvenes, es el reto de la elevación de la profesionalidad del magisterio cubano de hoy y en particular de los docentes que tienen a su cargo la formación de los presentes y futuros educadores cubanos.

Armando Chávez Antúnez: El humanismo revolucionario como fundamento de las concepciones éticas de José Martí.

Tomado de: Reflexiones en torno a la ética de la liberación nacional en Cuba. Premio artículo 1985.

El ideario moral de José Martí (1853-1895) constituye la cumbre del pensamiento ético premarxista en Cuba y, a no dudarlo, la más elevada expresión de la ética de la liberación nacional en nuestra Patria. Asimismo, la trascendencia de la ética martiana estriba en que el Maestro fue un vivo ejemplo de consecuencia entre el pensamiento y la acción en el ámbito de la moralidad. Nunca pensó ni planteó algo que no estuviera dispuesto a concretarlo prácticamente.

La moral preconizada por Martí está caracterizada esencialmente por la negación del individualismo. La vida humana se concibe como un continuo bregar en función de los demás. Ser moral, en términos martianos, significa vivir de espaldas a los intereses personales. "Sólo en el cumplimiento triste y áspero del deber - expresaba- está la verdadera gloria. Y aún ha de ser el deber cumplido en beneficio ajeno, porque si va con él alguna esperanza de bien propio, por legítimo que parezca, o sea, ya se empaña y pierde fuerza moral".³³ Con este criterio de la moralidad, el pensamiento, martiano se sitúa entre las concepciones más progresistas en el campo de la Ética, para las cuales nuestros semejantes siempre deben constituir el fin de nuestras acciones y nunca un medio para la obtención de beneficios personales.

Martí se pronuncia por el cumplimiento del deber social de manera sencilla y naturalmente. Y al interrogarse acerca de la recompensa que corresponde a tal actitud, priorizadora de los intereses colectivos sobre los individuales, responde que precisamente es la satisfacción del deber cumplido el máximo premio a que pueda aspirarse.

Desarrollando este punto de vista, plantea: "La única gloria verdadera del hombre, si un poco de fama fuera cosa alguna en la composición de obra tan vasta como el mundo, estaría en la suma de servicio que hubiese, por sobre su propia persona, prestado a los, demás".³⁴

He ahí el sentido esencial de la ética martiana, el hombre en función de sus semejantes. En las concepciones éticas martianas, el humanismo revolucionario, se destaca como el principio de partida de la moral que se propugna. Decimos humanismo revolucionario, para subrayar que el propulsado' por Martí es un humanismo que llama a la lucha con el propósito de crear un mundo de justicia y de equidad en la Patria explotada y humillada por el coloniaje español. No debemos caracterizar el humanismo martiano como abstracto, ya que no predica la universalización del amor entre los hombres en un entorno social caracterizados por la opresión nacional. Aboga por la guerra necesaria a fin de constituir una república ", con todos y para el bien de todos". (...) ³⁵

Martí, en la medida en que combate el colonialismo español, proyecta su ideal hacia el objetivo de lograr una colectividad verdaderamente humana en su Patria. Explicitando ese afán de su quehacer revolucionario, decía: "Todo lo haré, todo lo noble lo haré sobre la tierra para crear en mi país un pueblo de hombres, por salvar a mis compatriotas del peligro de no serlo"³⁶. En el pensamiento ético

martiano, el hombre puede llegar a ser tal en la medida, en que sea capaz de sentir respeto por la dignidad de sus semejantes.

Todo hombre merece respeto y consideración de su parigual, justamente, por su condición humana. Martí caló profundamente en este contenido humanista que pertenece al fondo de oro de la moralidad, al puntualizar: "Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y sin el que los demás bienes serían falaces e inseguros, ese sería el bien que yo prefiriera: yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre"³⁷. Esta aspiración martiana tiene tal vigencia para los revolucionarios cubanos que su enunciado aparece expresado textualmente en la Constitución de la República, promulgada en 1976. Y, por supuesto, en la construcción de la nueva sociedad ese legado martiano no constituye una mera formulación, sino que expresa la voluntad de un pueblo que batalla día a día porque la sociedad cubana se convierta en una colectividad en que el hombre sea el hermano de su semejante.

La solidaridad humana, la identificación con los dolores y sufrimientos de los demás, forma parte esencial de las concepciones humanistas de Martí. La condición de hombre presupone la indignación ante el abuso, el vejamen, la humillación de que es objeto un semejante. El hombre verdadero no puede contemplar impasible un crimen que se cometa en la persona de otro ser humano. Decía Martí: "En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquiera mejilla de hombre"³⁸. Pocas veces, en tan breves palabras, se ha podido graficar de forma tan hermosa el contenido esencial del humanismo. Esa solidaridad con el humillado, el explotado, el pretendo es parte consustancial de la conciencia humanista que el Maestro anhelaba para todos sus compatriotas. La Revolución Cubana, con su humanismo militante, ha podido concretar en los marcos nacionales esa aspiración martiana y asimismo, la ha hecho realidad a nivel planetario mediante un internacionalismo consecuente que practica la solidaridad con los que sufren y los que luchan.

El humanismo martiano se manifiesta en todo su esplendor en la valoración referida a que la guerra por la independencia de Cuba no era contra el español como persona, sino contra la codicia, la incapacidad y los crímenes del gobierno hispano. Martí precisa muy acertadamente que serán barridos del país aquellos españoles que con su actuación defiendan el mantenimiento del status colonialista que sufre la Patria. "No es el nacimiento en tierra de España - decía - lo abomina en el español el antillano oprimido; sino la ocupación agresiva e insolente del país donde amarga y atrofia la vida de sus propios hijos, ".³⁹ Subrayando la fibra humanista de la contienda bélica que patrocina, el Maestro aclara que en la república que habrá de establecerse tendrán cabida aquellos españoles que comprendan la necesidad de la liberación de Cuba. En este sentido, precisaba: "Los españoles que aman a sus hijos, y prefieren las víctimas de la libertad a sus verdugos, vivirán seguros en la república que ayuden a fundar. La guerra no ha de ser para el exterminio de los hombres buenos, sino para el triunfo necesario sobre

los que se oponen a su dicha".⁴⁰ Con estas palabras, Martí no está tratando de ganar adeptos mediante la utilización de manifestaciones de carácter demagógico. Expone puntos de vista que expresan los principios humanistas que constituyen sólidas pilares morales de la lucha nacional liberadora que él propulsa.

Martí convoca a la guerra necesaria. Desde el ángulo moral resulta interesante destacar como el carácter humanista de una guerra propicia que quienes tomen parte activa en ella se realicen como hombres. El amor a la Patria y al pueblo trabajador hace que el individuo se encamine al sacrificio por los demás, alcanzando de ese modo los más altos escalones de la moralidad y, por ende, de la condición humana. El Maestro describe ese estado, desde el ángulo de la subjetividad de quien se perfecciona humanamente, con estas hermosas palabras: "Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se, ofrecen al sacrificio".⁴¹

El patriotismo martiano deviene expresión del humanismo revolucionario. La lucha por la independencia nacional significa batallar con denuedo por el futuro bienestar de los compatriotas, por hacer posible el desarrollo pleno de cada uno de los cubanos. De aquí que el patriotismo en Martí es desprendimiento, sacrificio y agonía. La patria "es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella".⁴² Y, previendo que algunos supuestos patriotas se sumasen a la guerra con el ansia de hacer de la contienda una carrera personal y luego cobrarle a la futura república los méritos acumulados, el Maestro advertía: "La patria no es comodín, que se abre y cierra a nuestra voluntad; ni la república es un nuevo modo de mantener sobre el pavés, a buena cama y mesa, a los perezosos y soberbios que, en la ruindad de su egoísmo, se creen carga natural y señores ineludibles de su pueblo inferior. La patria, en Cuba y Puerto Rico, es la voluntad viril de un pueblo dispuesto al triunfo de su emancipación, a un triunfo indudable por el arranque unido y potente de la libertad contra el corazón inmoral y el tesoro arruinado de sus opresores"⁴³. ¡Cuánta previsión hay en este Planteamiento, martiano! Más tarde, en la etapa neocolonial de nuestra historia, no pocos seudopatriotas dieron la espalda al ideal humanista de Martí que proclamaba que quien piense en sí no ama a la patria y transformaron la república en una hacienda propia que les sirvió de pivote para su ulterior enriquecimiento.

En el pensamiento ético martiano, el humanismo que en los marcos nacionales se expresa como patriotismo, a nivel de humanidad se convierte en solidaridad internacional. Para Martí, el sentimiento patriótico es, ante todo, amor al pueblo sometido, vejado y oprimido.

La lucha por la liberación nacional significa esencialmente emancipación del pueblo de manera que pueda elevarse de la situación de paria a la de sujeto histórico que construye, con su propio esfuerzo, el presente y el porvenir. Este objetivo, anhelado por el Maestro para los cubanos, lo extiende a toda la humanidad que trabaja, sufre y padece.

La ética martiana comporta de este modo, una interrelación estrecha entre el patriotismo y la solidaridad humana a nivel mundial. Destacando esta vinculación principista de su ideario moral, Martí proclama: "Patria es humanidad, es aquella porción, de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer; y ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defiendan a monarquías inútiles, religiones ventrudas o políticas descaradas y hambronas, ni porque a estos pecados se dé a menudo el nombre de patria, ha de negarse el hombre a cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca".⁴⁴ Esta idea martiana de la patria como parte de la humanidad tiene un profundo contenido moral. El hombre, según el imperativo del Maestro, debe ser el centro de las preocupaciones de los revolucionarios en la patria chica, nación, y en la patria grande, humanidad. La lucha por la emancipación nacional, en tanto que lucha por la liberación del hombre en el lugar donde nacimos, es parte componente de la batalla por el bienestar del género humano a nivel planetario. Esta es la razón por la cual en el pensamiento martiano ambos tipos de lucha lejos de contraponerse se presuponen, como integrantes de un proceso único que tiene como objetivo fundamental la búsqueda de la emancipación del hombre en todas las partes del mundo.

En el pensamiento ético de José Martí se destaca con singular relevancia el papel otorgado al trabajo como vía fundamental del desarrollo moral de la personalidad. Para el Maestro, el contenido humanista del quehacer laboral resulta incuestionable. El ser humano se degrada o ennoblece en concordancia con su posición respecto al trabajo. "El hombre crece -decía- con el trabajo que sale de sus manos. Es fácil ver cómo se depaupera, y envilece a las pocas generaciones, la gente ociosa, hasta que son meras vejiguillas de barro, con extremidades finas, que cubren de perfumes suaves y de botines de charol; mientras que el que debe su bienestar a su trabajo, o ha ocupado su vida en crear y transformar fuerzas, y en emplear las propias, tiene el ojo alegre, la palabra pintoresca y profunda, las espaldas anchas, y la mano segura. Se ve que son éstos los que hacen el mundo; y engrandecidos, sin saberlo acaso, por el ejercicio de su poder de creación, tienen cierto aire de gigantes dichosos, e inspiran ternura y respeto".⁴⁵ El trabajo embellece y eleva moralmente a la personalidad, según Martí. Al margen del trabajo creador, jamás podrán formarse verdaderos hombres.

En consonancia con el papel central que la ética martiana concede a la actividad laboral como vía esencial del desarrollo moral del hombre, el trabajador es considerado como el artífice de este proceso, mediante el cual la condición humana puede escalar las más altas cimas. ¿Cuál es la caracterización que hace Martí del papel de las masas laboriosas en la concreción de las grandes tareas que demanda el progreso humano? El Maestro expresa que los trabajadores son "los que tunden, levantan y sajan en los quehaceres recios de la vida", son los que abren al hombre el camino", son "la avanzada de los hombres".⁴⁶ Observemos que Martí sitúa al trabajador como la vanguardia que con su paso firme posibilita el avance de la humanidad. Este enfoque resulta profundamente revolucionario con respecto a aquellas doctrinas que en el siglo XIX argumentaban que el movimiento

social era el resultado del quehacer de personalidades descollantes y de ideologías llamadas a reformar el mundo. En la concepción martiana, el trabajador deviene sujeto de la historia.

El ideario moral de José Martí no es un pensamiento ético academicista, sino de lucha por la liberación nacional y humana. Su objetivo fundamental está encaminado a convertir a Cuba en un pueblo grande moralmente y a los cubanos en verdaderos hombres que sientan sobre sí el dolor ajeno y luchen por la felicidad de sus semejantes. Martí predicó con el ejemplo. La existencia personal de nuestro héroe nacional constituye una expresión exacta de la morada que preconizó. "La vida -puntualizaba- debe ser diaria, movible, útil y el primer deber de un hombre de estos días, es ser un hombre de su tiempo... Si de algo serví antes de ahora, ya no me acuerdo: lo que quiero es servir más" 47A este patrón humanista, José Martí ajustó su quehacer cotidiano por eso devino modelo de moralidad revolucionaria para la posteridad.

33 Jose Martí, OC, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1975, Tomo 3, p. 266

34 Ibid, p 226

35 Ibid, Tomo 4, p 279

36 Ibid, Tomo 1, p 182

37 Ibid, Tomo 4, p 270

38 Ibid, Tomo 4, p 270

39 Ibid, Tomo 1, p 321

40 Ibid, Tomo 1, p 321

41 Ibid, Tomo 4, p 124 -125

42 Ibid, Tomo 1, p 196

43 Ibid, Tomo 2, p 255

44 Ibid, Tomo 5, p 468

45 Ibid, Tomo 8, p 285

46 Ibid, Tomo 11, p 302

47 Ibid, Tomo 7, p 97

Pedro Pablo Rodríguez: Cultura e identidad. Notas en medio de un debate.

Conferencia presentada en el Encuentro con cubanos residentes en el exterior, 1995

1. El sentido de identidad desde un principio tuvo un valor negativo y otro positivo, ya que diferencia a individuos, grupos y comunidades de otros, y a la vez busca los rasgos comunes que unifican, cuando de colectividades sociales se trata. Por tanto, la identidad es al mismo tiempo un concepto que opera tanto con la inclusión como con la exclusión.

2. Sobre esas bases se ha movido el concepto desde sus inicios en la lógica formal, hasta su empleo en las matemáticas y en la psicología, desde donde se ha ido extendiendo hacia las diversas ciencias sociales.

3. El vocablo se ha ido introduciendo en el lenguaje contemporáneo, sobre todo durante las dos últimas décadas, no como una moda en el terreno de las ideas,

sino ante la evidente importancia que han ido cobrando los problemas de las identidades culturales y nacionales en medio de un mando hegemonizado por el capital transnacional y su pretensión de globalizar su dominio bajo el criterio de homogeneizar las culturas y las naciones al igual que ocurre en la producción, la distribución y el cambio.

4. Toda identidad social reconocible en la contemporaneidad es resultado de un largo, complicado, variado y contradictorio proceso histórico, que implica fenómenos de deculturación y transculturación, que no se detiene en momento alguno, y que sólo puede ser definido como un proceso estrechamente vinculado a los condicionamientos y coyunturas histórico-sociales.

5. Las nacionalidades y las naciones son formas modernas del desarrollo de los procesos de identidad, con características diferenciadas en los pueblos de historia larga y en los llamados pueblos nuevos, de historia reciente. y con variables bien diferentes también según se trate de pueblos que hayan entrado a la vida moderna como desarrollados y dominadores o como subordinados, dependientes y coloniales. En estos últimos, y especialmente durante los dos últimos siglos, los procesos de identidad cultural] y nacional han tendido a marchar bien ligados entre sí, y en muchos casos la constitución del Estado nacional ha sido asumida - y así 213 lo ha sido en términos históricos- como expresión suprema de la identidad nacional.

6. El proceso de formación de la identidad cubana -Culturas y Nacional- en modo alguno puede entenderse que se inicia con la República, ni siquiera con el siglo pasado, sino que arranca con el propio proceso histórico de la Conquista y la colonización. Se observa en los documentos escritos desde los siglos XVI y XVII en que se emplean fórmulas de lenguaje aún en uso en nuestros días. Y, por otra parte, aunque la historia insular ha vivido momentos o épocas de transición violenta y rápida en sus estructuras sociales - como la segunda mitad del siglo XVIII, las últimas décadas del siglo pasado y la Revolución de 1959-, hay rasgos que se han mantenido relativamente estables o que son detestables de modo incipientes de muy atrás.

7. Invito, por tanto, a que no creamos en sentido absoluto que cada uno de esos momentos transicionales, con todo lo que implicaron de novedad, de transformación, rompieron en su totalidad con los elementos de identidad previamente acumulados. Esas rupturas se produjeron más bien a partir de ese acumulado, y siempre destacaron nuevos elementos apreciables en mayor o menor grado desde antes, al igual que -gústenos o no- sostuvieron la identificación de esta sociedad en aspectos venidos del pasado, a la vez que, por supuesto, adicionaron elementos novedosos a los rasgos de la identidad. Por eso hay hilos de continuidad. Los viajeros que llegaban a Cuba nos apreciaban bien distintos a ellos desde los primeros testimonios conocidos en el siglo XVII hasta los cada vez más numerosos en los siglos siguientes, cuando ya se fue usando la denominación de criollos, los gentilicios regionales (habaneros, bayameses) y finalmente el de cubano.

Por tanto, a mi juicio, el proceso de identidad cultural y nacional es incomprensible al margen de la propia historia cubana, a la vez que tal proceso es el que nos ha permitido entender esa historia como cubana.

8. A veces aprecio en el debate del tema cierta tendencia o espíritu de que el nuestro ha sido un proceso tan *sui géneris* que no tiene comparación con otros, sobre todo cuando se trata la cuestión migratoria contemporánea y el mantenimiento de la identidad nacional por buena parte de los salidos del país. Ello refleja indudablemente, un rasgo propio de la identidad cubana: la madurez y fuerza que ya ha alcanzado. Pero no podemos creer que se trata de procesos irrepetibles y que somos los únicos en vivirlos así. Todas las nacionalidades modernas que han alcanzado maduración han pasado por situaciones similares con sus grandes variaciones.

9. Y no puede olvidarse que los fenómenos migratorios modernos contemporáneos - con independencia de las razones particulares de las sociedades emisoras - están sometidos por igual a las variables que impone la existencia de países con diferencias cada vez más pronunciada en sus niveles de desarrollo, que hacen muy atractivos los de mayor desarrollo para los emigrantes, a quienes -también cada vez más- se les imponen los patrones, normas y expectativas de tales sociedades rectoras, las que históricamente han sido también las dominadoras sobre los pueblos de menor desarrollo, por lo que han tendido incluso a desvirtuar sus identidades en función de sus intereses hegemónicos.

10. Las identidades nacionales, dado que son procesos históricos y sales en permanente cambio, no están en busca de una realización o un destino. Ha sido y es de cierta frecuencia encontrar tal apreciación teleológica lo mismo dentro que fuera de Cuba. Por supuesto que todo proceso histórico y social pasa por los proyectos de las personas, de los grupos, de las clases sociales, y que tales proyectos conforman en medida importante la conciencia de identidad. Este es, sin lugar a dudas, un proceso histórico-social que ocurre en el terreno de la conciencia, por cuanto se basa esencialmente en lo cognoscitivo y en los sentimientos, en la psicología social. Pero tengamos cuidado en atribuir un destino a la identidad, un "algo" más allá de la historia, de la sociedad concreta y de los hombres concretos en cada momento y coyuntura. Los destinos -si entendemos estos como los proyectos concretos, múltiples y hasta opuestos y en franca lucha que se van trazando e intentan realizar los hombres- se labran en y bajo las posibilidades y opciones de las propias circunstancias históricas concretas que cada época, cada generación, cada pueblo y cada circunstancia va elaborando con su propio esfuerzo y en virtud de las opciones que se toman y que se dejan, de acuerdo con los proyectos que se van adoptando y llevando a la práctica.

Finalmente, no puede pasarse por alto el concepto de identidad nacional - abarcador e inclusivo de la cultural-, creado en el mundo moderno, a partir de la aparición de los conceptos de nación y de nacionalidades y de su constitución

como realidades históricas hasta en las formas de Estado. Ya no somos ciudadanos del Estado romano ni vasallos de un pequeño señor.

El concepto y la práctica del Estado-nación moderno da un nuevo cariz a las identidades, pues introduce diferencias muy notables al fenómeno tal y como se había manifestado hasta entonces: no puede hablarse de identidad sin entender las identidades nacionales, algo desconocido hasta los tiempos modernos. Y la fuerza del Estado es altamente significativa en la definición de la nacionalidad, aunque jurídicamente nacionalidad y ciudadanía sean conceptos distintos.

Se trata de que los sistemas educacionales, formativos e integradores de los Estados-naciones contemporáneos tienden a homologar bajo su control las percepciones, los valores y la formación de la conciencia nacional de los individuos, hasta por encima de las diferencias de grupos y clases sociales. Desde el respeto y el amor a los símbolos patrios, la enseñanza en una lengua y la integración bajo normas y preceptos comunes, los ciudadanos del Estado-nación moderno han tendido a ser identificados -y por tanto a autoidentificarse mediante los valores y los sentimientos- como pertenecientes a una misma identidad cultural y nacional.

Por supuesto que esto no ha sido ni es absoluto: sobran los ejemplos de los Estados modernos que, de hecho, tienen un carácter multinacional, y que hasta así lo reconocen y lo practican. Lo que quiero recalcar es que el Estado moderno significa que esa poderosa e importante institución homogeneizadora de las sociedades actúa con plena institución sobre los procesos de identidad que hasta entonces hablan sido, digamos, más o menos "espontáneos".

11 La identidad cultural cubana fue adquiriendo sus rasgos particulares, diferenciadores, desde los propios inicios de la sociedad colonial, y la identidad nacional es fenómeno más reciente, pero nadie discute que ya era plenamente reconocible desde el primer tercio del siglo pasado, por tanto, nos hemos formado como pueblo, con su identidad cultural y nacional, justamente en los tiempos modernos. Por eso, y dada entonces nuestra condición [colonia], la aspiración a constituirnos en nación fue casi inseparable de] deseo y de la pretensión de crear el Estado nacional. Por eso, aunque en sentido estricto no sean exactamente las mismas cosas, los conceptos de nacionalidad, nación y Estado-nación están profunda y estrechamente entrelazados entre sí en el caso cubano, y en ocasiones hasta se confunden. Y, por otra parte, el duro y costoso esfuerzo por el que se afianzó la identidad nacional, se constituyó la nación y se alcanzó el Estado nacional, a pesar de ser un proceso relativamente reciente y también relativamente corto en términos históricos, es elemento decisivo para explicar la indudable fuerza de la permanencia y la estima del cubano contemporáneo por su identidad nacional.

Julio Antonio Mella: Glosas al pensamiento de José Martí.

Tomado de: *Marxistas de América, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1990.*)

Un libro que debe escribirse

Hace mucho tiempo que llevé en el pensamiento un libro sobre José Martí, libro que anhelaría poner en letras de imprenta. Puedo decir que ya está ese libro en mi memoria.

Tanto lo he pensado, tanto lo he amado, que me parece un viejo libro leído en la adolescencia. Dos cosas han impedido realizar el ensueño. Primero la falta de tiempo para las cosas del pensamiento. Se vive una época que hace considerar todo el tiempo corto para *hacer*.

Todos los días parece que mañana será «el día ...», el día ansiado de las transformaciones sociales. Segunda razón: tengo temores de no hacer lo que la memoria del Apóstol y la necesidad imponen. Bien lejos de todo patriotismo, cuando hablo de José Martí, siento la misma emoción, el mismo temor, que se siente ante las cosas sobrenaturales. Bien lejos de todo patriotismo, digo, porque es la misma emoción que siento ante otras grandes figuras de otros pueblos.

Pero, de todas maneras, ese libro se hará. Es una necesidad, no ya un deber para con la época. Lo hará esta pluma en una prisión, sobre el puente de un barco, en el vagón de tercera de un ferrocarril, o en la cama de un hospital, convaleciente de cualquier enfermedad. Son los momentos de descanso que más incitan a trabajar con el pensamiento. U otro hará el libro, cualquiera de mis compañeros, hermanos en ideales, más hecho para el estudio que para la acción. Pero, hay que afirmarlo definitivamente, el libro se hará... Es necesario que se haga. Es imprescindible que una voz de la nueva generación, libre de prejuicios y compenetrada con la clase revolucionaria de hoy, escriba ese libro. Es necesario dar un alto, y, si no quieren obedecer, un bofetón, a tanto canalla, tanto mercachifle, tanto patriota, tanto adulón, tanto hipócrita... que escribe o habla sobre José Martí.

Ora es el político crapuloso y tirano - crapuloso con los fuertes, tirano con el pueblo- quien habla de Martí. Ora es el literato barato, el orador de piedras falsas y cascabeles 220 de circo, el que utiliza a José Martí para llenar simultáneamente el estómago de su vanidad y el de su cuerpo. Ora es, también, el «íbero - americanista», el propagandista de la resurrección de la vieja dominación española,. el agente intelectual de los que buscan nuevamente los mercados de la India, el que acomete la obra de «descubrirnos» a José Martí...

Ya da náuseas tanto asco intelectual. ¡Basta! Martí -su obra- necesita un crítico serio, desvinculado de los intereses de la burguesía cubana, ya retardataria, que diga el valor de su obra revolucionaria considerándola en el momento histórico en que actuó. Mas hay que decirlo, no con el fetichismo de quien gusta adorar el pasado estérilmente, sino de quien sabe apreciar los hechos históricos y su importancia para el porvenir, es decir, para hoy.

Hay dos tendencias para aquilatarse acontecimientos históricos. Una, que Blasco Ibáñez, noveliza en *Los muertos mandan*, la de aquellos que sienten sobre sí el peso de todas las generaciones pasadas. Para éstos, el acontecimiento de ayer, es el acontecimiento supremo.

Son los que en política aman, como única panacea, la Revolución Francesa del 89. Las tumbas de las generaciones pasadas pesan sobre sus espaldas como el cadáver del equilibrista sobre las de Zaratustra. Estos son los conservadores, los patriotas oficiales, los reaccionarios, los estériles emuladores de la mujer de Lot. Hay otra tendencia. Es fantástica y ridícula. Gusta de militar en las extremas izquierdas de las izquierdas revolucionarias.

Estos pedazos de lava ambulantes no nacieron de madre alguna. Ellos son toda la historia. Su acción - que rara vez sobresale de su cuarto de soñar- es la definitiva. Estos ignoran, o pretenden ignorar todo el pasado. No hay valores de ayer. Son los disolventes, los inútiles, los egoístas, los antisociales. Hay una tercera forma de interpretación histórica. Debe ser la cierta. Lo es, sin duda alguna. Consiste, en el caso de Martí y de la Revolución, tomados únicamente como ejemplos, en ver el interés económico social que «creó» al Apóstol, sus poemas de rebeldía, su acción continental y revolucionaria: estudiar el juego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales, desentrañar el misterio del programa ultra - democrático del Partido Revolucionario, el milagro - así parece hoy- de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional; la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario. etc. etc.

Aquí no estaría terminada la obra. Habría que ver los antagonismos nacientes de las fuerzas sociales de ayer. La lucha de clases de hoy. El fracaso del programa del Partido Revolucionario y del Manifiesto de Montecristi; en la Cuba republicana, que «vuelve al decir de Varona, y todos lo vemos con firme empuje hacia la colonia»

El estudio debe terminar con un análisis de los principios generales revolucionarios de Martí, a la luz de los hechos de hoy. Él, orgánicamente revolucionario, fue el intérprete de una necesidad social de transformación en un momento. ¿Cuál es la necesidad social?

Preguntas tontas no se contestan, a menos de hacernos tontos, Martí comprendió bien el papel de la República cuando dijo a uno de sus camaradas de lucha - Baliño - que era entonces socialista y que murió militando magníficamente en el Partido Comunista: «¿La Revolución? *La Revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas, sino la que vamos a desarrollar en la República.* He aquí una interpretación fugaz de sus palabras:

Democracia imperialismo...

*¿Del tirano? Del tirano
di todo. ¡Di más!; y clava
con furia de mano esclava
sobre su oprobio al tirano.
¿Del error? Pues del error
di el antro, di las vereda
oscuras: di cuanto puedas
del tirano y del error.*

(Y, si después de haberlo dicho todo, apóstol y maestro, la palabra no basta, no es oída, ¿qué hacer?)

Martí cree posible la democracia pura, la igualdad de todas las clases sociales. Soñaba una República «**con todos y para el bien de todos**». No creía que tirano fuese sólo el dominador español. Presagiaba que podían existir tiranos nacionales y por esto, hizo sus versos: los mató antes de que nacieran. Conveniente sería que hubiese vivido hasta nuestros días. ¿Qué hubiera dicho y hecho ante el avance del imperialismo, ante el control de la vida política y económica por el imperialismo, ante las maniobras de éste entre los nacionales, para salvaguardar sus intereses? Hubiera tenido que repetir su segunda estrofa sobre el error, ponerla en práctica: «**no hay democracia política donde no hay justicia económica**», hubiera tenido que afirmar.

El Gobierno *no es más que* el equilibrio *de los* elementos naturales del *país*> Puede ser. Pero donde no hay equilibrio, donde no hay «**elementos naturales**» - no lo es nunca el rico capitalista aburguesado y opresor, o su amo, el imperialismo- donde no hay gobierno, donde no hay nada. Es necesario eliminar los elementos no «*naturales*».

Él expresó más de una vez, sus ideas sobre la desigualdad social, sobre el peligro del imperialismo y tópicos similares En su lenguaje poético de siempre dijo:

“El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y mujeres venales y egoístas.”

«Si se es honrado y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y rico. » No conozco otra manera mejor de llamarles a nuestros ricos", a los hijos del azúcar, lo que son: ¡LADRONES! ¡IGNORANTES!

Sobre los EE.UU. decía:

«Mi palabra es como la honda de David. He vivido en la entraña del monstruo y lo conozco...»

Respecto a lo que debía ser la política cubana:

"Ponerse en los labios todas las aspiraciones definidas legítimas del país", bien que fuese entre murmullos de los timoratos, bien que fuese con la

repugnancia de los acomodaticios, bien que fuese entre tempestades de rencores: si ha de ser más que la compensación de intereses mercantiles, la satisfacción de un grupo social amenazado y la redención tardía e incompleta de una raza [la guerra]... entonces brindo por la política cubana[...]" 222

En 1879 en Guanabacoa ya reconocía Martí la existencia de una lucha de clases en la sociedad y gritaba por la liberación del negro.

En su bello trabajo sobre los mártires de Chicago nos habla de "cómo esta República[los EE.UU.] por su culto a la riqueza ha ido cayendo en los mismos vicios de los imperios[...]" Internacionalismo

A pesar de ser José Martí un patriota, es decir, un representante genuino de la revolución nacional tipo francesa del 1789, fue, como decía Lenin de Sun Yat Sen, representante de una democrática burguesía capaz de hacer mucho, porque aún no había cumplido su misión histórica. Luchaba por Cuba porque era el último pedazo de tierra del continente que esperaba la revolución. Pero jamás ignoró el carácter incondicional de la lucha revolucionaria. Se decía que era un hijo de la América. Cierto. Sólo hay que leer «Madre América.» y entonces podremos afirmar:

No ha habido otro revolucionario de los finales del siglo pasado que amase más al continente y que lo sirviese mejor con la pluma, la palabra y la espada. Siempre es la América lo que le obsesiona. Aún más, así como Cuba no es más que un pedazo el continente amado, éste no es más que un laboratorio de la futura sociedad universal.

Tuvo, sin duda alguna, el concepto del internacionalismo. No es necesario para ser internacionalista odiar el suelo en que se nace, olvidarlo, despreciarlo y atacarlo. Así afirman estúpidamente las plumas reaccionarias y mercenarias que somos los internacionalistas de hoy, los revolucionarios del proletariado. No. Internacionalismo significa, en primer término, liberación nacional del yugo extranjero imperialista y, conjuntamente, solidaridad, unión estrecha con los oprimidos de las demás naciones.

¿Qué solamente los socialistas puros pueden ser internacionalistas? No es nuestra culpa que el proletariado sea la clase revolucionaria y progresista en el momento actual.

Martí y el proletariado

Esta es una de las más importantes facetas de la vida de José Martí. Debe ser el más curioso capítulo del libro que sobre él ha de escribirse. Como enemigo del feudalismo, José Martí fue amigo del negro, ¡cuántas cosas grandes y nobles dijo de él!, y como amigo de la Revolución Nacional contra el yugo del Imperio Español y contra todos los otros yugos imperialistas, amigo fue también del proletariado. Comprendió las grandes fuerzas revolucionarias y constructivas que el

proletariado tiene en sí. Por esta razón, durante su estancia en la Florida entre los tabaqueros de Tampa, no sólo sació su hambre física con el óbolo que orgullosos daban los proletarios de la «chaveta», sino que su espíritu se asomó a ese gran paraíso del socialismo internacional...

"Los... pueblos son como los obreros a la salida del trabajo: por fuera cal y lodo, pero en el corazón las virtudes respetable.» Aquí reconoce poéticamente -como siempre- que es la clase obrera quien más moral atesora por las mismas condiciones de la vida que lleva.

«La verdad se revela mejor a los pobres, a los que padecen.»

«Para el revolucionario -dijo Saint Just- no hay más descanso que la tumba.»

"Las universidades deben ser talleres [...]" Así podría seguirse toda una búsqueda de su respeto y admiración por el proletariado. 223

Si la envidia de los roedores del genio no lo hubiese llevado a inmolarse prematuramente en Dos Ríos, él habría estado al lado de Diego Vicente Tejera en 1899 cuando fundó el Partido Socialista de Cuba, el primer partido que se fundó en Cuba, después de la dominación española, como Baliño y Eusebio Hernández están hoy con nosotros. Pero quede todo esto, y mucho más para el futuro narrador, crítico y divulgador de la personalidad de José Martí. Basta para un artículo fugaz esta insinuación y esta prueba de la necesidad de ese libro. Terminemos tomando unos cuantos pensamientos del Apóstol y haciéndole una rápida glosa a manera de **«Letanía revolucionaria»** Lo necesita el pueblo de Cuba en estos instantes. Puede no ser inútil un recordatorio e interpretación de algunas de sus sentencias. **«En la cruz murió el hombre un día, pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días.»** (*Todas las grandes ideas tienen su Nazareno.*)

¿Dónde están los ciudadanos que no aprendieron esto? Hoy tus compatriotas no mueren en las cruces. Pera sí clavan en ellas al pueblo.

«¡La Tiranía no corrompe, sino prepara!»

El comentario es secreto. En nuestro interior se escucha el himno de las revoluciones y se ve el flamear de las banderas rojas. **¡Viva la Justicia Social!**

«Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: Es necesario que sean efectivas y fundamentales.»

Esto lo repite diariamente el proletariado y por esas palabras sufre persecuciones, asesinatos y prisiones...

«Ver en calma un crimen es cometerlo.»

¡Cuántos criminales hay en Cuba!

«Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. »

No piensan así en la República que tú fundaste.

«La palabra de un hombre es ley. »

Hoy se dice «La ley es la palabra del "hombre". »

«Juntarse: esta es la palabra del mundo. »

Hoy siguiendo tu orden, decimos concretamente: «¡Proletarios de todos los países, uníos !"»

«Trincheras de ideas valen tanto como, trincheras de piedra.»

¡Que tus palabras se cumplan! ¡Aunque serían mejor ambas trincheras a la vez!

Juan Marinello: El pensamiento de Martí y nuestra Revolución Socialista.

Tomado de Marxistas de América.

Un aniversario martiano.

Por razones obvias, no puede aludirse a José Martí sin enfrentar su recuerdo al proceso social y político de su pueblo. Es obligado que nos preguntemos hasta dónde la Cuba de hoy realiza su previsión y cumple su mandato. Tratemos de hacerlo con obligada brevedad.

Este aniversario martiano encuentra a la nación cubana en lo que puede calificarse, sin exageración, de momento estelar. Nuestro país es hoy guía esclarecido de la América Latina y devoción ardiente de todos los pueblos del mundo. En sólo tres años, Cuba ha culminado tareas históricas del más poderoso relieve: ha derrotado una tiranía sangrienta apoyada y sostenida por el Gobierno de los Estados Unidos, ha vencido al imperialismo yanqui en todos los frentes de lucha y ha emprendido, con ímpetu y acierto, la etapa socialista. La patria de Martí ocupa hoy un sitio a la altura de su genio.

Está claro que los caminos que ha emprendido nuestro país bajo el liderazgo indiscutido de Fidel Castro, no son los que se prevén en la prédica y en la acción patriótica de Martí. Fue nuestro hombre apostólico quien advirtió reiteradamente, con profundo sentido dialéctico, que cada época traía sus problemas y gestaba las soluciones oportunas. Sería antimartiano tratar de aplicar sus fórmulas concretas a una situación nacional y universal a mucha distancia de las que Martí conoció y enjuició. Pero lo sería también sostener que la gran revolución que hoy vive su país no posee comunicación fecundante con su ideario político, social y económico. Sacar a Martí de su tiempo sería gran despropósito; como lo sería igualmente declarar que sus conceptos y criterios revolucionarios han dejado de tener vigencia entre nosotros.

Al estudiar con perspectiva histórica la acción y la palabra políticas de Martí, advertimos que ya pueden establecerse sus relaciones fundamentales con nuestro momento. Al realizar el balance queda evidente que sólo una visión genial pudo penetrar las cuestiones vitales de su isla, entenderles toda su magnitud y descubrirles su desarrollo previsible. Para saberlo, no hay más que enfrentar las concepciones martianas con las de los guadores que fueron sus contemporáneos. Hombres de tan insigne calidad como Domingo Faustino Sarmiento no

entendieron las denuncias de Martí - especialmente las que hizo de la penetración imperialista -, y combatieron puntos de vista que hoy sabemos impecables.

Desde luego que el hecho de que un hombre como Martí contemplase con visión tan sagaz los problemas que su época acumulaba sobre Cuba, no quiere decir que poseyera la doctrina y el método oportunos para su tratamiento y solución. En Martí se da una oposición intermitente y vitalicia entre sus puntos de mira de gran demócrata liberal y su asombroso entendimiento de cuestiones que, como ha probado su posteridad, no podían ser resueltas, por las vías que propugnaba.

La circunstancia de haberse estancado nuestro proceso libertador por la intervención del imperialismo al iniciarse la República, determina que persistan y se agraven los males combatidos por Martí y que su predicción para erradicarlos se mantenga como un mandato hasta nuestros días. El enfoque martiano sobre nuestros más importantes problemas estuvo, sin duda, en la mente y en la intención de los que, en la República mediatizada, pugnaron por la liberación real de Cuba. Tiene un profundo significado que, durante el juicio por los sucesos del cuartel Moncada, dijera Fidel Castro al Tribunal que lo juzgaba que no reconocía en su acción otro inductor que José Martí. Así se expresaba el hecho, no repetido con otro libertador del siglo pasado, de que los hombres decididos a realizar una transformación profunda hacia el futuro, se sintiesen impulsados por el ideario integrado y dispuesto para una revolución anterior. Tratemos de precisar en qué medida la prédica de Martí actúa como impulso presente en la gran obra que desarrolla nuestra revolución socialista. Se verá de inmediato que el cuadro de nuestras necesidades e intereses nacionales ha venido siendo hasta 1959 que, si en el momento actual impulsamos soluciones orientadas por otra teoría y tendientes a salidas más ambiciosas y plenas, en cada una de las medidas puestas en acción estamos realizando y superando un sueño de Martí.

Intentemos una referencia escuela a los antecedentes martianos de las realizaciones en que estamos empeñados. No será difícil probar que es en este tiempo, a partir del primero de enero de 1959, que la República a que ofrendó su vida y su muerte puede compararse a su desvelo sin rubor ni reparo.

Libertad real y soberanía verdadera.

Toda la obra de Martí está dirigida a libertar a su isla, a hacerla una tierra regida por la voluntad del pueblo (el pueblo, decía, es el verdadero jefe de las revoluciones). En sus días, su país era colonia de la Monarquía Española u debía dejar de serlo, pero el imperialismo de los Estados Unidos comenzaba a desbordarse sobre Cuba y sobre toda la América Latina, por lo que un patriota cabal y revolucionario verdadero no podía soslayar el peligro inminente de una nueva servidumbre. Es por ello que Martí precisa, en términos exactos e inequívocos, su pensamiento político: "Cambiar de dueño no es ser libre[...]" En esta consigna básica, ¿no ha cumplido la actual revolución el segundo objetivo? No hay duda de que el actual movimiento liberador está en el cauce del pensamiento martiano.

Para desarrollar cumplidamente su labor libertadora fue necesario que diera Martí la mitad de su vida a demostrar cómo las dos salidas falsas frente a la opresión española debían ser repudiadas. Ya se sabe que con lo que Martí escribió contra el autonomismo y contra la anexión podrían componerse dos gruesos volúmenes. Después de un trabajo prolongado y tenaz, el más difícil y complejo de su actividad política, logra nuestro héroe convencer a las masas revolucionarias y a lo más de nuestro pueblo de que el movimiento contra España debe ser radicalmente independentista, libre de elementos desnaturalizadores y sin resquicios para la presencia de los elementos que trajeron el Zanjón .

No es el momento de discurrir sobre el modo impecable con que Martí fundamenta la relación entre Cuba y España, como pueblos capaces de una colaboración democrática, después de la independencia. Caso singular también Martí distingue, en todo momento, la obra reaccionaria y opresora de las gentes que integran el pueblo peninsular.

Encontrada manera de resolver de modo correcto y eficaz la cuestión colonial de su tiempo, se ponía a la orden del día el ataque oportuno a la amenaza que se cuajaba con signo de futuro. Como hombre alguno de su época, Martí denuncia el imperialismo yanqui sin treguas ni debilidades.

Para Martí la independencia y la soberanía de Cuba constituían los fundamentos de todo beneficio para el pueblo, de toda prosperidad nacional. En el mando de la voluntad popular sin interferencias extrañas situó la clave de todo desarrollo positivo. Con afinado sentido precisó que, vencidas las presiones exteriores, se abrían los caminos convenientes al avance de las fuerzas productivas y a la ascensión de la cultura. Son más que conocidas las mil oportunidades en que Martí propugna la necesidad de atender a los valores profundos de nuestra tierra, librándolos de toda influencia que los deforme o invalide. La fe en la capacidad cubana y en las virtudes de sus contemporáneos completan su concepción de que sólo un pueblo libertado y dueño de su sentido puede superar su retraso y ordenar la vida en la justicia y el bienestar.

En este aspecto fundamental - el de la libertad real y la soberanía verdadera como basamentos del beneficio colectivo -, la actual revolución cubana parte de los postulados martianos y les da plena realización, dentro de las circunstancias presentes.

La liberación económica.

Alguna vez hemos dicho que el largo destierro de Martí en los Estados Unidos – los quince años de su madurez -, fue un dolor inacabable pero que desde un punto de vista político, constituyó la rica escuela en que acendró y superó sus criterios revolucionarios. En efecto, nuestro libertador pudo observar desde las "entrañas del monstruo", no sólo su voracidad ilimitada sino los elementos que alimentaban sus depredaciones.

Una tercera parte de la obra de Martí, y quizá la mejor, está des tinada a ofrecernos un panorama exacto y sorprendente del "Norte revuelto y brutal que nos desprecia". Ello va haciéndole una nueva mentalidad para entender los problemas de Cuba y de toda la América Latina; ello condiciona su esfuerzo por libertar a su isla. No siempre se descubre ese hilo rojo que yace en la entraña de su acción; que ya dejó escrito, en la última carta salida de su mano, que el ataque al imperialismo lo había realizado muchas veces de manera disimulada y oculta para otorgarle mayor eficacia.

La residencia en New York, mirador de mucha altura, permitió a Martí observar la acción imperialista sobre todas y cada una de las naciones latinoamericanas. Vio de cerca y tocó con sus manos todas las maniobras y añagazos de los gobiernos estadounidenses para preparar, con amarres sutiles o agresiones groseras, la invasión económica de medio continente. En la Conferencia Internacional Americana de 1889 y en la Conferencia Monetaria de Washington de 1891, Martí se constituye en el defensor enérgico y capaz de los pueblos de su América ante las arteras maniobras de los gobernantes norteamericanos. Su tarea en ambas reuniones integra lo más profundo y firme de su pensamiento. Su tarea en ambas reuniones integra lo más profundo y firme de su pensamiento y acción antiimperialistas.

Lo que contempló Martí como invasión deformadora produciéndose sobre veinte pueblos del Continente tenía que presumirlo y preverlo en el futuro inmediato de Cuba

La acción opresora que gravitó sobre nuestro pueblo por más de medio siglo es presentida por nuestro fundador con asombroso poder de adivinación y enjuiciamiento. Teme el desvelo patriótico de Martí que pueda servir la independencia de Cuba, de no impedirse el avance imperialista, de puente propicio para fortalecer la absorción económica de Latinoamérica por los Estados Unidos. Advierte el peligro de que Cuba pueda convertirse, recordemos sus palabras, en una fuerza más para caer sobre las tierras del Sur. Ello debe ser evitado, sostiene, por la conciencia y la lucha de los cubanos.

Guiado por sus preocupaciones fundamentales, advierte nuestro Apóstol que si se produce la penetración económica se convertirá en mando político opuesto y contrario a los intereses del pueblo. Hay que resistir, a toda costa, el dominio económico. Son de muy amplio conocimiento las afirmaciones martianas atinentes: "Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él." "Quien dice unión económica, dice unión política." "El pueblo que quiere ser libre, sea libre en negocios[...]"

En el combate contra la opresión imperialista se produce en Martí un fructuoso ensamblaje que su conocido humanismo y su sagacidad política. Muy consciente del poder económico de los Estados Unidos, señala como el mejor camino para salirse de su órbita el de trabajar por un mundo de amplias y libres relaciones.

Aquí se articula cabalmente el impulso de unir a los hombres de todos los pueblos y razas en la misma actividad superadora con el objetivo patriótico de librar a su isla de la sumisión a los Estados Unidos.

Para Martí no es imposible el entendimiento con los Estados Unidos, de los que "con el decoro firme y la sagaz independencia no es imposible y es útil ser amigos", pero sabe que la distinta evolución social de las dos porciones en que está dividido el continente determina una pugna de profundos alcances, en que el papel conquistador y agresivo corresponde a los "rubios". Mientras convoca a firme batalla contra el invasor, proclama la necesidad de una política dirigida a establecer comunicación fructuosa con todos los pueblos y continentes: "La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos y de abominar todo lo que los aparte."

El hecho de que la relación económica determina el trato entre las naciones pesa mucho en la meditación de Martí. El intercambio justo engendra la convivencia pacífica:

la opresión económica fomenta la discordia y prepara la guerra. Por ello, nuestro héroe se levanta de continuo contra la posibilidad - confirmada posteriormente-, de que los Estados Unidos intenten hacer de la América sometida un peón que sirva a sus rivalidades imperiales y una mesnada dócil para su predominio mundial.

El mantenimiento de la libertad económica debe estorbar la integración de bloques agresivos, en que Cuba sería víctima subalterna. De este temor están teñidas sus advertencias: «El oficio del continente americano no es perturbar el mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer con otros métodos y nombres el sistema imperial por donde se corrompen y mueren las repúblicas. El oficio del continente americano no es levantar un mundo contra otro, ni amasar con precipitación elementos diversos para un conflicto innecesario e injusto, sino tratar en paz y con honradez, con los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus soldados, y en la época revuelta de la reconstitución nos mantienen abiertas sus cajas. »

Los cambios fundamentales.

Aunque con un desarrollo y una perspectiva que no podían estar en la previsión martiana, los grandes cambios que ha producido la revolución en la estructura económica del país traducen criterios presentes en el ideario del Apóstol. A través de esas Transformaciones quedan cumplidos sus Ardientes deseos de plena soberanía y de beneficio popular.

En la obra de Martí encontramos mil oportunidades en que combate la concentración capitalista en sus distintas expresiones. Su denuncia del monopolio es muy conocida: «El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres. » «El monopolio es un gigante negro[...]» «El rayo tiene suspendido sobre la cabeza. Los truenos le están zumbando en los oídos.

Debajo de los pies le arden volcanes. La tiranía acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. »

Percibiendo con toda claridad el interés imperialista por establecer en Cuba la gran cadena económica opresora integrada por los eslabones del latifundio, el monocultivo y el monomercado, nos deja firmes advertencias para resistir tan graves peligros. No puede hablar Martí de la socialización de la tierra, pero combate de continuo su acaparamiento en pocas manos. Por otra parte su repulsa al monocultivo es conocida: En crisis grande ha de verse todo pueblo que fía su subsistencia a un solo cultivo [...] "Debe verse con miedo este mal hábito de entregarse a un cultivo exclusivo." "Comete suicidio un pueblo el día en que fía su subsistencia a un solo fruto." Nuestra revolución; de firme estirpe martiana, ha liquidado el latifundio, ha entregado la tierra a los que la trabajan en formas avanzadas y justas, ha combatido y combate el monocultivo y propicia relaciones Mercantiles con todos los países y naciones que quieran establecerlas con Cuba sobre fundamentos de mutuo beneficio.

Martí otorga la mayor importancia a la producción agrícola y entiende que es el más poderoso fundamento del desarrollo económico y el bienestar colectivo: "Las minas suelen acabarse; los productos industriales carecer de mercado; los productos agrícolas fluctúan y valen más o menos pero son siempre consumidos y la tierra, su agente, no se cansa jamás."

Pero -otra coincidencia con el pensamiento de nuestra revolución- proclama que el desarrollo industrial es indispensable para que su América alcance niveles adultos y pueda mirar con ojos de igualdad a los países más prósperos y dichosos.

Recordemos que escribió «Es imposible [...] que un gran territorio agrícola y minero no sea también un gran territorio industrial. Es imposible que tan gran reino vegetal no traiga en su diadema todas las joyas nuevas, industrias propias y originales.» Pero, logrado el desarrollo interior -arribadas al mejor nivel la agricultura, la industria y el comercio interno- e hace evidente que el intercambio mercantil internacional debe colaborar a su avance. Ello se impide si Cuba se sujeta a un solo mercado poderoso y se logra si se comunica con el mayor número de mercados. Martí sentenció: «El pueblo que quiere morir vende a más de uno." Los tiempos han confirmado la razón Martí. Como nuestro pueblo «quiere salvarse», vende a «muchos pueblos».

Al intensificar y diversificar nuestra producción industrial, la revolución, estableciendo fábricas propias y originales, impulsa un progreso en, continuado ascenso que, como quería Martí, ofrezca oportuna utilización de las fuentes naturales de riqueza, asegure el empleo cuantioso y satisfaga las necesidades del pueblo.

La transformación económica producida por la revolución se dirige a instaurar una democracia verdadera, una sociedad libre de explotadores, una comunidad socialista. Sin partir de la teoría que informa nuestra actividad presente, el espíritu

generoso y justiciero de Martí anhelaba una Cuba sin diferencias económicas monstruosas. Por ello escribió:

«En verdad; mientras haya un hombre que duerma en el fango, ¿cómo debe haber otro que duerma en cama de oro?» «No es rico el pueblo donde hay algunos hombres ricos, sino aquél donde cada uno tiene un poco de riqueza.» Partiendo, de distintos rumbos, nuestro actual movimiento libertador hace de la riqueza, acatando y superando el deseo de Martí, un patrimonio asequible a todos los cubanos.

La unión con la América latina.

No es esta la oportunidad de discurrir por extenso sobre el amor y el desvelo martiano por los pueblos de la América Latina. Puede afirmarse que los países hispánicos del Continente inspiraron y alentaron toda la acción política del líder del 95. No existe entre los hombres de su tiempo una fusión tan exacta con las tierras que, de origen común, comenzaban a ser agobiadas por la penetración imperialista.

La preocupación de Martí por Latinoamérica posee muchos batientes vitales. Nuestro hombre vigila sus rumbos económicos, su desarrollo político su retraso social y las características de su educación y de su cultura. En otro lugar hemos estudiado el modo singular en que Martí quiere usar del común idioma como elemento de unidad y defensa de los pueblos colonizados por España. Su predicación de un arte profundamente arraigado en la naturaleza y en la tradición de sus pueblos, le dura toda la vida. Pero siendo tan vasto y múltiple el amor de Martí por las naciones hermanas, está bien claro que todo su anhelo aparece dominado por un profundo propósito político.

La similitud fundamental de los pueblos de la América Latina es la razón profunda, en la palabra de Martí, para unificar la necesaria defensa. No es ocioso citar sus razones: «Los mismos males sufren y de los mismos frutos se abastecen y los mismos propósitos, calientan el que en las márgenes del Bravo codea en tierra de México al apache indómito, y el que en tierra del Plata vivifica sus fecundas simientes con el agua agitada del Arauco, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia.»

Saliendo al paso a las campañas maliciosas atizadas ya en su tiempo por el imperialismo sobre la «inferioridad» de los pueblos latinoamericanos, Martí los defiende no sólo en sus logros comprobables sino en los avances previsibles. Su defensa en este punto rebosa entusiasmo cordial. Sus afirmaciones han llegado a ser muy conocidas: "Más han hecho nuestras tierras en subir a donde están, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo tal vez en lo esencial, de la maravilla de donde vinieron.» Las gentes latinoamericanas son distintas, pero no inferiores a los «rubios del Norte», por lo que carece de fundamento y realidad todo intento de dominio colonizador.

Por otro lado, la corrupción y la brutalidad dominantes en la vida de la política y los negocios norteamericanos advierten a Martí que no poseen los Estados Unidos ejemplaridad ni grandeza que ofrecer a las naciones del sur del Continente. No hay flojedad ni pecado en las tierras latinoamericanas que no se encuentren, multiplicados, en las grandes ciudades estadounidenses.

Dando un paso más en su cálida estimación de los pueblos latinoamericanos, Martí afirma muchas veces que duermen en ellos valores de más trascendencia social que en los Estados Unidos. «Las tierras de habla española -escribe-, son las que han de salvar 230 en América la libertad.» Puede haber en esto la expresión de su vehemente amor por las gentes de su América, pero hay también la conciencia de que, cuando un pueblo o un grupo de pueblos se dan a una gran tarea libertadora, su esfuerzo trasciende sus fronteras. No en balde aludió el propio Martí a que la liberación del Continente americano serviría para afirmar el equilibrio mundial. Y en lo hondo de esta misión histórica, nuestro libertador veía la acción impulsora decisiva de la América Latina.

Establecidas estas premisas, Martí llama a la defensa contra el desbordamiento imperialista, no como tarea de un pueblo determinado sino como obra e veinte patrias americanas. Ya hemos visto que en este llamamiento no hay sólo la proclamación sino el trabajo concreto. En las dos reuniones ya citadas, en la del 89 y en la del 91, nuestro hombre se arroga la representación y la defensa de toda la América Latina, levantándose contra las acometidas dispuestas por los políticos y negociantes de Washington. Allí deja un ejemplo de permanente validez que evidencia, de una parte, que el imperialismo intenta el dominio del Continente sin intermediarios ni rivales y que, por la otra, sólo la unión sagaz y combatiente puede detener sus despojos.

Martí es el único libertador del siglo pasado que funde su acción patriótica con su deber latinoamericano. Libertar a Cuba es trabajar por la liberación de veinte pueblos hermanos. Cuba libre debía significar un baluarte fiel en servicio de la América Latina.

Por ello escribió: «Pelemos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia americana. La afirmación contiene un gran sentido de realidad y de futuro. ¿Acaso no es eso, precisamente eso, lo que está cumpliendo nuestra revolución socialista? ¿No peleamos ahora para asegurar, con la nuestra, la independencia americana? La independencia americana, en un sentido más pleno que el imaginado por Martí; porque también peleamos hoy por el pueblo de los Estados Unidos, víctima de nuestros propios enemigos.

Pero el combate unido de su América contra el opresor extranjero tiene todavía en Martí otros significados. La unidad latinoamericana no debe ser sólo defensiva sino también superadora. La articulación de esfuerzos redundará en el común progreso.

Recordemos sus conceptos: «estamos en tiempo de ebullición, no de condensación; de mezclas de elementos, no de obra enérgica de elementos unidos. Están luchando las especies por el dominio de la unidad del género. El apego hidalgo a lo pasado cierra el paso al anhelo apostólico de lo porvenir. Los patricios y los neopatricios se oponen a que gocen de su derecho de unida los libertos y los plebeyos. Temen que les arrebaten su preponderancia nacional, o no le reconozcan en el gobierno su parte legítima [...]». Y en la impaciencia porque se cuaje la unión entrañable, se pregunta: "¿Se unirán en consorcio urgente, esencial y bendito los pueblos conexos y antiguos de América?"

Adviértase la genial previsión: Martí reitera hasta el cansancio que la unión de la América Latina ha de integrarse para combatir la opresión imperialista; pero no se le oculta que los grupos privilegiados, los patricios y los neopatricios, se oponen a la gran tarea. Temen, dice Martí, que los libertos y los plebeyos «les arrebaten la preponderancia nacional, o no les reconozcan en el gobierno su parte legítima.» ¿No es eso lo que está ocurriendo ahora? Fortalecidas por el ejemplo de Cuba, las masas latinoamericanas, los libertos y los plebeyos, se dan las manos en el combate antiimperialista y los patricios y neopatricios, entendidos con Washington, estorban la unidad y combaten la acción libertadora.

El paso del tiempo ha dicho lo que había de larga verdad en las afirmaciones de Martí sobre lo que puede y debe lograr la acción de los países Latinoamericanos. Hoy se descubre con toda nitidez la razón de su mandato. La solidaridad de los pueblos hispánicos del Continente con la revolución cubana no sólo significa su potente respaldo para su defensa y avance y un fortalecimiento excepcional en su lucha contra la absorción norteaña sino que supone, además, una hermosa batalla contra el imperialismo en un sentido universal, en los momentos en que se hace evidente su derrumbe. Las circunstancias actuales ofrecen más ancha perspectiva a la solidaridad americana propugnada por Martí, pero aparece innegable que su visión sorprendente sustenta e impulsa la gran lucha de hoy.

En los días de Martí se dibujaban los primeros intentos imperialistas sobre la América Latina. Sólo un hombre de su calidad pudo medir la gravedad del hecho y su poder monstruoso. Ahora, en los días victoriosos de nuestra gran revolución, asistimos al final del sistema económico que impulsa la opresión y la servidumbre. Martí vio el nacimiento del imperialismo; nosotros asistimos a sus funerales. Los sucesos recientes lo confirman.

La agresión yanqui fracasa en todas partes. Ni los gobernantes latinoamericanos cómplices de Washington pueden serle fieles ante la acción enérgica, poderosa, heroica, de los pueblos de la América de Martí.

La educación y la cultura.

No podríamos sostener que los criterios que han regido la Reforma Educacional en marcha cumplen, en la palabra concreta, los propósitos martianos; pero no hay dudas de que los cambios fundamentales que se están produciendo encuentran

apoyo y encaje en lo que estableció Martí sobre la naturaleza, el oficio y la misión de la escuela cubana.

Veámoslo, en el menor espacio.

Para Martí, la educación integraba un campo amplísimo en que todo hombre debía desarrollar libre y plenamente sus aptitudes y facultades. Por ello escribió: «Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive; es ponerlo a nivel de su tiempo para que flote sobre él y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podrá salir a flote: es preparar al hombre para la vida.» E insistiendo en la idea: «La educación tiene un deber ineludible -no cumplirlo es crimen-: conformarle a su tiempo sin desviarle de la grandiosa y final tendencia humana.»

Parece indiscutible que nuestra revolución coincide con el pensamiento martiano en estos conceptos fundamentales, es decir, en hacer de la educación una tarea omnicomprendiva y en «conformar a su tiempo» al que la recibe.

En acuerdo con su criterio, Martí batalla sin descanso por una educación estrictamente científica como el mejor fundamento para superar las malas tradiciones y los flagrantes retrasos. Son muy conocidas sus máximas al respecto: «Necesitamos que la enseñanza elemental sea ya elementalmente científica: que en vez de la historia de Josué, se enseñe la de la formación de la tierra [...] Contra Teología, Física: contra Retórica, Mecánica; contra preceptos de Lógica[...] preceptos agrícolas [...]»

Para lograr tal educación precisa un esfuerzo heroico. Lo sabe Martí cuando dice: «Como quien vuelve del revés una vaina de espada, se ha de cambiar de lleno todo sistema transitorio y vacilante de educación moderna.» Frente a las deformaciones dejadas por el retraso colonial y la acción imperialista, hemos medido lo que supone «volver del revés la vaina de la espada» para ofrecer una enseñanza que colabore cabalmente en el desarrollo de una sociedad que ha de marchar sobre nuevas estructuras. También en esto la advertencia martiana es una verdad actual.

Nuestra revolución heredó una escuela de espaldas a la vida nacional, indiferente y lejana al proceso productivo del país. De ese modo, la educación y la cultura mantenían su condición de actividades superpuestas, aristocráticas, «literarias», dispuestas para el provecho y el ocio de los grupos privilegiados. En un país necesitado de desarrollo agrario, se formaba el bachiller palabrero y el ahogado retórico. Cada año crecía el número de niños y jóvenes condenados a frustrar sus capacidades y dotes. La diferencia entre la ciudad y el campo se agigantaba en esta situación y la enseñanza profesional se articulaba al interés del opresor extranjero por mantenernos en un retraso conveniente a sus fines. No se formaban antes de 1959, los técnicos que exigía el progreso de nuestra sociedad, y, en ocasiones, ni siquiera el que convenía al monopolio yanqui, que cuidaba de importar sus propios técnicos.

La realidad que está cambiando nuestra revolución no pasó inadvertida a Martí. Sus observaciones constituyen una guía excelente: «Se está cometiendo en el sistema de educación de la América Latina un error gravísimo: en pueblos que viven casi por completo de los productos del campo, se educa exclusivamente a los hombres para la vida urbana, no se les prepara para la vida campesina. Y como la vida urbana sólo existe a expensas y por virtud de la campestre, y de traficar con sus productos, resulta que con el actual sistema de educación se está creando un gran ejército de desocupados y desesperados, se está poniendo una cabeza de gigante a un cuerpo de hormiga.» No hay dudas de que nuestra revolución está rectificando, sobre los niveles actuales, la honda deformación señalada por Martí.

Pero a mucho más, en la advertencia de los males de nuestra escuela, alcanza la preocupación martiana. Son numerosos los momentos en que el grande hombre rompe lanzas por una educación en que se articulan ajustadamente el conocimiento teórico y su aplicación fructuosa. Recuérdese: «Hay que abrir casa de industrias, artes y ciencias, a los que han de vivir de la labor que las requiere [...]» «Las Escuelas de Artes y Oficios ayudan a resolver el problema humano[...]» "En la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar " "Detrás de cada escuela debía instalarse un taller agrícola, a la lluvia y el sol, donde cada estudiante sembrase su árbol"

Lo que lleva hecho la revolución en todos los niveles de la enseñanza ha tendido a que «se aprenda en la escuela el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar» y las transformaciones en marcha, tanto en la escuela primaria como en las secundarias diversificadas, miran a que el educando quede articulado con el proceso productivo y como agente positivo del proceso revolucionario. La presencia de los criterios martianos es aquí evidente.

Consonante con el limpio propósito democrático de Martí es su predicación porque la escuela fuese un servicio brindado a todos. Su desvelo por una enseñanza primaria realmente universal es muy conocido. Mil veces identifica la hombría, la existencia, con la escuela popular: «No se puede sentirse hombre y decirse que lo es, si no se sabe leer y escribir. Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender. Y su impaciencia porque el maestro llegue a todas partes, lo mismo en el aula establecida que en la gestión ambulante, le llena los años de su madurez.

La posición de Martí sobre el dominio clerical de la escuela es tan inequívoca como reiterada. Nuestro hombre veía a «a la mala iglesia» como una de las fuerzas más responsables del retraso latinoamericano. Advertía que la imposición de una religión determinada en la escuela suponía, a la larga, la servidumbre a los criterios e intereses de los jefes de tal religión. Demócrata impecable, sostuvo que a nadie debía estorbarse la profesión de una fe; pero por esa misma condición, proclamó que nadie tenía derecho a imponer una creencia sobre otra. Sus fórmulas han quedado como apotegmas: «Ni religión católica hay derecho a enseñar en las escuelas, ni religión anticatólica. «Ni es lícito a un maestro enseñar como única cierta, aun cuando la comparta, una religión por la mayoría del país

puesta en duda, ni ofender una religión que desde que el educando la acata, en libre uso de su juicio es ya un derecho."

Veamos en qué sentido y con qué magnitud nuestra revolución ha llevado adelante la universalidad y el laicismo de la escuela cubana. Parece indiscutible que una cosa y la otra -la escuela como patrimonio humano y libre de toda influencia confesional-, no pueden producirse sino a través de una revolución que derrote las clases y grupos privilegiados. El imperialismo y sus cómplices nacionales se opusieron siempre entre nosotros a que la educación se franquease a toda la ciudadanía y robustecieron y apoyaron el dominio clerical reaccionario en las aulas. Por estos caminos, las masas quedaban privadas de una cultura que significaba una acusación y una protesta contra sus opresores, y la clerecía anticubana servía, desde los textos y las explicaciones, al mantenimiento de la servidumbre nacional.

Sólo con el triunfo de nuestra revolución socialista han podido resolverse las dos grandes cuestiones. Un poder popular, con los trabajadores a su frente, ha ido de inmediato a la creación de escuelas y a la organización de un sistema de becas que determine que todos los cubanos que lo deseen puedan cursar todos los grados y tipos de enseñanza. El laicismo Martiano -muestra destacada de una hermosa tradición nacional-, mantuvo su presencia a lo largo de la República mediatizada, pero como ocupaban el poder las fuerzas interesadas en la incultura del pueblo, la acción de la Iglesia Católica, aliada a las fuerzas anticubanas, no pudo quebrantarse hasta la Cuba socialista.

Se ha rendido homenaje justiciero al guiador del 95 situando a su luz las dos obras trascendentales de la revolución en el campo educacional. La raíz martiana está presente en la histórica Ley nacionalizando plenamente toda la educación cubana. Y la singular campaña alfabetizadora que en sólo un año ha hecho a Cuba una hermosa excepción americana erradicando tan grave lacra, es, también, una tarea en el espíritu de Martí y en su justo homenaje. No pudo imaginar nuestro fundador que en doce meses quedase su isla libre de analfabetismo, porque no estaba en su perspectiva la creación de una Cuba sin explotación del hombre por el hombre; pero su gran objetivo ha sido cumplido.

En lo universitario, descubre Martí con pupila poderosa -adelantándose en mil codos a los meditadores de su tiempo-, manquedades que parecen insalvables. Ya sabemos que llegó a escribir: «Las universidades parecen inútiles [...]» A tal punto advertía la enseñanza de los centros superiores como actividad adventicia, postiza, desentendida de las realidades, que la circundaban. En las universidades latinoamericanas se habían guarecido, para él, viejas maestrías europeas en nada confluentes con las necesidades nacionales. En los términos más enérgicos precisa la urgencia y la dificultad de un cambio de raíz. Dice: «Como quien se quita un manto y se pone otro, es necesario poner de lado la Universidad antigua, y alzar la nueva [...]» Y con fuerza de porvenir que llega hasta nosotros, escribe: «Al mundo nuevo corresponde la Universidad nueva.»

Tan pronto se ha puesto mano en una reforma universitaria a la altura de la revolución y en su servicio, se ha manifestado la radical verdad del enjuiciamiento martiano. Mucho más de lo que se alcanza a la observación general, persisten en lo universitario dolencias negativas y antinacionales. Las razones se conocen hoy mejor que en los días de Martí.

En una nación colonizada sólo llegaban a la universidad los jóvenes de las clases privilegiadas, nunca los de la masa popular, Los viejos y los nuevos retrasos encontraban terreno propicio en casas de estudio incomunicadas con los grandes problemas sociales.

Cuba necesita hoy una universidad donde se formen los técnicos y los dirigentes que ofrezcan la asistencia más fecunda a la revolución socialista en marcha. Como la enseñanza superior ha estado organizada para servir a las clases opresoras, se hace más verdad que antes que para cambiarlo el espíritu, el contenido y las proyecciones «hay que quitarse un manto y ponerse otro.» Y si Martí pedía universidad nueva para mundo nuevo -y el mundo nuevo con que soñaba no era el que hoy se construye sobre las minas del capitalismo, debe medirse qué profundas mutaciones será forzoso realizar en el actual momento. Si en los tiempos de nuestro grande hombre existían razones para declarar inútiles las universidades, ahora existen muchas para convertirlas en organismos de máxima utilidad revolucionaria.

En el campo de la cultura, otra gran vertiente de la meditación martiana en su desvelo por Cuba y la América Latina, no hay dudas de que los dictados de nuestro héroe presiden, en aspectos fundamentales, lo que la revolución está impulsando. Anotémoslo. De cuanto escribió Martí aparece que la independencia política y económica de los pueblos latinoamericanos debía impulsar una creación nacida de sus raíces y encauzada por senderos directos, leales y propios. Toda expresión cultural debe traducir con hondura y libertad los problemas circundantes, y el arte ha de mostrar el tono radical e intransferible de nuestra tradición y de nuestras gentes. Martí asienta: "O la literatura es cosa vacía de sentido o es la expresión del pueblo que lo crea." «"La literatura es la bella forma de los pueblos. En pueblos nuevos ley es esencial que una literatura nueva surja.»

Pero tales criterios matrices no significan para nuestro líder levantar fronteras contra la cultura universal. Por el contrario, aboga sin cansancio por una comunicación libre, cuantiosa y contrastada con la sabiduría y la creación llegadas dé todos los rumbos de la tierra. La savia foránea debe confluir con la que viene de la raíz del árbol: «Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero que el tronco sea de nuestras repúblicas.» Predicando con el ejemplo, nos deja Martí una obra muy prendida en la expresión clásica de España, muy oreada por los vientos de América y del mundo, pero, al mismo tiempo, con una fuerte carga de originalidad personal y de cubanismo profundo y depurado. En lo esencial, nuestra revolución avanza sobre esos conceptos y conoce la delicada trama por la que Cuba debe dar a propios y extraños una creación rica, de firme acento propio y rebosante de ancha información universal.

El avance democrático. la cuestión racial.

No hay que realizar esfuerzo alguno para mostrar el firme y profundo contenido democrático de todo el pensamiento martiano. La igualdad de derechos de los ciudadanos está presente en cada uno de sus documentos políticos. Sobre la equiparación de la mujer al hombre en la ley y en la vida, nos ha dejado páginas ejemplares. Y, por razones comprensibles, puso empeñosa atención en los prejuicios seculares que dividían a los blancos y a los negros de su isla.

La defensa de los hombres de la raza negra, tan reiterada en su prédica prosélita, está teñida, como todo lo suyo, de efusión cordial. No por ello dejan de mostrarse en su dicho perspicacia y realismo; aunque no sitúe la razón de la diferencia injusta en el reflejo de una organización económica en que las clases dominantes usaron de la esclavitud primero y de la discriminación después, en fortalecimiento de su privilegio.

El hondo sentido humanista de Martí tenía que levantarse contra la interesada distinción de los hombres por el color de la piel. Pensador y sentidor para quien la virtud y la capacidad daban la estimación social, había de combatir, como lo hizo, que sobre el cubano negro se mantuviese la dura opresión dispuesta por la colonización española. En la batalla contra la división racial, nuestro libertador discurre en dos direcciones:

Proclamando la esencial unidad de los hombres y exponiendo y destacando las capacidades visibles de los hombres negros de su tierra. Cuando advierte en la masa de piel oscura casos de abnegación y entereza, lo pregona gozoso; cuando reconoce en una personalidad como la de Juan Gualberto Gómez prendas singulares, lo destaca con orgullo. Y por encima de las circunstancias nacionales, el criterio matriz: «Por sobre las razas, que no influyen más en el carácter está el espíritu esencial humano, que las confunde y unifica [...]» «Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas.»

La armazón opresora que ha normado la vida cubana hasta el primero de enero de 1959 mantuvo, sin treguas, la discriminación racial en Cuba. La masa negra había sido durante la colonia española el basamento del privilegio económico: cuando el imperialismo sustituyó a España, puso a su servicio la distinción abominable: la población negra siguió constituyendo una porción despreciada en el trabajo, en las relaciones sociales y en la cultura. No faltaron protestas enérgicas e iniciativas certeras para vencer el viejo mal: la estructura económica que alimentaba el prejuicio frustró todos los intentos de igualdad ciudadana. Situar la masa negra a la altura de la masa blanca hubiera sido, para los que tenían el mando de la nación, socavar su propio dominio y mermar su ganancia.

La revolución ha llevado adelante los conceptos martianos en lo que respecta a la igualdad racial. Sólo que lo que fue en nuestro Apóstol clarividencia generosa es en el presente realidad comprobable. No es que estimemos, desde luego, Que la

discriminación racial Se haya extinguido. Ello sería desconocer las raíces del fenómeno.

Lo que afirmamos es que los cambios esenciales traídos por la revolución trabajan certeramente por la igualdad de los cubanos de todas las razas. Destruído el poder imperialista. erradicado el latifundio, suprimida la propiedad privada de la gran industria y posibilitada la superación cultural a todos los cubanos, sin atención a su color y a su bolsa, la lacra que dividió y debilitó por tanta tiempo a la sociedad cubana desaparecerá rápidamente. El futuro inmediato anuncia un país en que la firme democracia engendrada por el socialismo hará imposible todo prejuicio racial. 236

Integraría un gran libro juntar cuando dijo y escribió Martí a favor de la liberación del indio americano. Fue tanto su amor por los indígenas del Continente, que llega a veces a cordiales desenfoques y a fiar un mañana radioso al desarrollo exclusivo de la masa india. Nuestro libertador veía en el indio de sus pueblos, y tal visión era justa, un gran baluarte contra la invasión nortea y la mala influencia europea, y en ocasiones subestimó el aporte de las otras razas que integran el hecho social latinoamericano.

La creencia religiosa.

Ya hemos visto, al aludir a la postura anticlerical de Martí en la educación, su respeto por toda creencia religiosa. Lo reitera a cada momento. «Todo el mundo tiene derecho a su propia conciencia. Tirano es el católico que se pone sobre un hindú, y el metodista que silba a un católico.»

Pero la creencia, anotamos expresiones de Martí, es doctrina y forma de gobierno; es decir, actividad respetable de organización temible. La Iglesia Católica es, para nuestro grande hombre, responsable de opresiones y miserias en la América Latina y en Cuba.

Son capitales sus afirmaciones: «El cristianismo ha muerto a manos del catolicismo. Para amar a Cristo, es necesario arrancarlo a las manos torpes de sus hijos.» Al cumplir su deber denunciando al clericanismo reaccionario, no olvida Martí, resaltar también otras creencias, manteniendo, en conocido pasaje, que todas las religiones son iguales y que en cada una de ellas se encuentra el creyente sincero y honesto y el jerarca intolerante o sinuoso.

Muy firme en sus interpretaciones científica de los hechos, entiende Martí que sólo una educación universal y profunda puede sustituir el fanatismo religioso por la conciencia del deber social. Manifiesta que «el dogma religioso es la infancia de la verdad natural», y que «la religión no es más que historia». De lo que se sigue que al respeta por la fe religiosa debe aunarse el esclarecimiento científico.

La apreciación martiana de la religión como creencia y como instrumento posee una vigencia inculcable. Nuestra revolución ha cumplida, dentro de, conocidas

circunstancias, el. mandato martiano. Sólo la calumnia maligna puede hablar de persecución religiosa en la Cuba socialista. A nadie se ha impedido la profesión de una fe y el culto de ella; pero tal cosa no puede conducir al incumplimiento del deber revolucionario v político, a debilitar la defensa de una organización social que se ha dado el pueblo por su libre voluntad.

Podríamos aludir a textos numerosos en que Martí denuncia la política reaccionaria del clero católico, servidor ayer de la monarquía española y cómplice hoy del imperialismo y sus agentes. Bien claro está que la jerarquía del catolicismo no ha abandonado el oficio de servidores del privilegio, tantas veces denunciado por el gran líder.

Nuestra resolución, mostrando también en esto su raíz humanista, ha sido impecable al respetar todas las intenciones enmascaradas con vestimenta religiosa y al actuar con necesaria energía.

La solidaridad con los pueblos y la lucha por la paz.

De lo más hondo de la conciencia de Martí y de sus concepciones primordiales nace su condición de enérgico abanderado de la paz. Tiene sentido exacto que dentro de Cuba se le tenga como campeón infatigable del fraternal entendimiento entre los pueblos.

En su postura antibelicista se unen de nuevo en nuestro héroe su cordial humanismo y su deber político. Hombre de su pureza y sensibilidad, llamaba la guerra injusta como la peor y más monstruosa de las desdichas humanas. Su sentido de justicia y su maestría expresiva se hermanaron más de una vez para ofrecernos poderosas imágenes del desastre y la desolación traídos por la guerra; pero intérprete sagaz de las realidades de su tiempo, justificó la guerra y acudió a ella cuando las armas significaban el instrumento oportuno para alcanzar la libertad e imponer la justicia. Por ello aludió siempre al movimiento armado que preparaba como a La guerra necesaria. Y escribió: «La guerra ha de hacerse para evitar las guerras.» A lo largo de su vida es Martí un firme propugnador del entendimiento pacífico. Vive atento a toda actividad mundial dirigida a impedir las guerras.

Recuérdese su encendido aplauso a la actividad antibelicista de Cecilio Acosta.

En su obra encontramos el repudio decidido, de las soluciones sangrientas: «La guerra, que era antes el primero de los recursos, es ya hoy el último de ellos: mañana, será un crimen.

Para Martí la relación fraternal entre las naciones será consecuencia del respeto a la soberanía de todas. La convivencia pacífica ha de producirse indefectiblemente. Su afirmación al respecto es ya un lema de nuestro pueblo: « ... en todos los problemas humanos, el porvenir es de la paz».

El Gobierno Revolucionario ha inaugurado en nuestro país una firme, consecuente y activa política de paz. La voz de su Delegación en la ONU ha clamado sin

cansancio por un acuerdo que asegure las relaciones justas y fructíferas entre todas las naciones. El voto de nuestros representantes se ha producido sin excepciones a favor del desarme general y total y por la proscripción de los armamentos nucleares y de las pruebas efectuadas con ella. Con la misma energía hemos ofrecido nuestro apoyo a los pueblos en lucha por su liberación; hemos defendido en todos los casos el derecho de autodeterminación y hemos condenado la intervención de un país en otro, el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo. En la histórica comparecencia del Comandante Fidel Castro, primer ministro del Gobierno Revolucionario, en la ONU quedó expresado el más amplio y oportuno programa de paz ...

Las concepciones de Martí constituyen un poderoso antecedente en la política exterior de nuestra revolución. La libertad para colaborar con máxima amplitud, las relaciones con todas las naciones constituye elemento indispensable para nuestro avance cultural...

Resumen.

Una rápida incursión por el pensamiento martiano ha sido bastante para convencernos de la articulación y consecuencia entre sus postulados y propósitos y las que impulsan la gran revolución que Cuba desarrolla. El ideario martiano es, como se ha visto, el más avanzado de su tiempo americano y, por ello, posee influencia singular en Las actuales luchas de su pueblo.

Es erróneo sin duda imaginar la postura de un hombre fuera del medio y la época en que se formó y actuó; pero no lo es relacionar lo esencial de su pensamiento con el tiempo que le ha seguido. Cuba marcha hacia la construcción del socialismo con el esfuerzo decidido de sus hijos, el apoyo irrestricto y sin condiciones del mundo socialista, la hermandad latinoamericana y el respaldo creciente de todos los pueblos. Informa su acción revolucionaria por la teoría del marxismo-leninismo, que se apoya en fundamentos distintos a los que alimentan la gestión política de Martí; pero las coincidencias entre los revolucionarios del 95 y los de hoy son evidentes y profundas.

No arrancaba Martí de las concepciones materialistas que hoy empujan nuestra revolución; pero, en un sentido general, en su último desiderátum, pugnaba por la realidad social que estamos construyendo. Fue nuestro héroe y quien dijo que «nadie tiene derecho a dormir tranquilo mientras haya un sólo hombre infeliz». Y elevándose a una concepción que nuestro tiempo acata, afirmó: «La igualdad social no es más que el reconocimiento de la equidad visible de la naturaleza.» Una revolución que trabaja por la felicidad de todos los hombres y que lucha sin descanso por la igualdad social, puede levantar sus banderas en honor de José Martí.